

La resiliencia de las familias afectadas por el desplazamiento forzado en Colombia*

Olga Lucía López Jaramillo**

ABSTRACT

This article presents a psychosocial intervention project which was developed in order to support Colombian peasant families who had been violently displaced from their farms and villages by civil war in Colombia. Additionally, a considerable number of families had suffered the loss of one or various members who died because of the war. Dropped into an unknown social environment, separated from their traditional economic base and overwhelmed by the trauma suffered from war, their present and future lives are uncertain. With the alliance between displaced families, governmental institutions, non governmental organizations and academics a social intervention project was created in order to attend different aspects (economic, social, cultural and psychological) of displacement. This article describes the psychosocial intervention strategies in order to rehabilitate individuals and families and to restore their capacity of action. The intervention project was based on the resilience approach: it focused on the ability of individuals and groups to cope with extremely critical conditions and to secure their survivorship.

RESUMEN

El artículo describe un trabajo de intervención psicosocial desarrollado con familias campesinas colombianas que han sido desplazadas violentamente por la guerra civil en Colombia. Un número considerable de familias sufrió, además, la muerte de uno o varios familiares a consecuencia de las actividades bélicas. Arrojadados a un entorno social nuevo, sin medios materiales para sustentar su vida en los términos conocidos y agobiadas por el trauma sufrido, el presente y futuro se tornaron inciertos. A través de una alianza entre las familias desplazadas, autoridades de gobierno, organizaciones no gubernamentales e instituciones académicas se implementó un proyecto de intervención que pretendía atender los diversos aspectos (económico, social, cultural y psicológico) del desplazamiento. En este artículo presentaremos el trabajo desarrollado en el ámbito psicosocial para rehabilitar la capacidad de acción de las familias y ayudarles a tomar nuevamente las riendas de su propia vida. El proyecto de intervención psicosocial partió del enfoque de la resiliencia, es decir, de la capacidad de los individuos y grupos para hacer frente a condiciones extremadamente adversas y asegurar la sobrevivencia.

* Una versión de este trabajo fue presentado como ponencia en el Seminario Internacional Familias, Cambios y Estrategias organizado por la Universidad Nacional de Colombia y la Alcaldía Mayor de Bogotá los días 12, 13 y 14 de octubre en Bogotá, Colombia.

** La autora es trabajadora social de la Universidad del Valle, terapeuta familiar del Instituto de Terapia Familiar de Santiago de Chile, profesora titular de la Universidad de Antioquia e investigadora del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia en Medellín, Colombia. Es asimismo miembro de la Junta Directiva de la Fundación para el Bienestar Humano. Su dirección electrónica es: olopez@iner.udea.edu.co

Introducción

El concepto de desplazamiento interno refiere al éxodo obligado de pobladores dentro de las fronteras de un mismo país como efecto de la violencia generada por un conflicto armado. Las características del desplazamiento –su carácter involuntario, su circunscripción dentro de un país y su relación directa con conflictos armados– lo diferencian de otro tipo de migraciones como el exilio, las migraciones por razones económicas o las causadas por desastres naturales al igual que los reasentamientos poblacionales ligados a la realización de megaproyectos de desarrollo.

A nivel mundial los desplazamientos forzados se han incrementado desde las dos últimas décadas del siglo XX por la proliferación de guerras civiles ligadas a conflictos políticos y étnicos. A diferencia de las guerras entre Estados, en las guerras civiles la población civil es el objetivo primario y deliberado de los grupos armados (Kalyvas, 2001:4). El desplazamiento forzado que se está observando en Colombia es una expresión de esta situación.

El desplazamiento forzado en Colombia se remonta a mediados del siglo XX y se asocia a la violencia bipartidista que gobernaba en aquel entonces en el país. Durante las décadas subsiguientes dicho conflicto adoptó nuevas proporciones y generó complejas manifestaciones: surgieron actores armados que agenciaron sus propios proyectos contra el Estado y la sociedad civil. Las manifestaciones más frecuentes de este fenómeno son las desapariciones, los secuestros y el desplazamiento que fue reconocido oficialmente apenas en la década de los años noventa.

En Colombia, el desplazamiento forzado se convirtió en tema central de investigación desde los años noventa (Henoa, 1998; López Jaramillo, 2001). Los estudios se centraron en la perspectiva de las familias rurales desplazadas. Además de constatar el drama humano, lograron captar la fuerza vital de las personas y las familias desplazadas para hacerle frente a una situación potencialmente devastadora. Si bien la guerra las había convertido en *víctimas*, estas personas y grupos lograron posicionarse como *sobrevivientes*

gracias a sus recursos y sus propias estrategias. Su capacidad de sobrevivencia constituye un recurso fundamental para el desarrollo de nuevos enfoques de intervención en apoyo a los grupos e individuos desplazados.

Familias desplazadas: de víctimas a sobrevivientes

Muchos estudios (Uribe de Hincapié 2001; Bello, Martín y Arias 2000; Castillejo 2000; Henao 1998; Segura y Meertens 1997) han documentado los impactos sufridos por la población desplazada lo que permitió también ahondar acerca de los efectos psicosociales del desplazamiento forzado y propiciar una amplia mirada a la población como víctima.

La victimología¹, una disciplina que se desarrolló en los últimos años, plantea tres niveles de victimización: el primario, el secundario y el terciario. Estos niveles hacen referencia a los múltiples daños de tipo psicológico, económico, jurídico, social y cultural que padecen estas familias. Los victimólogos describen una escalada cada vez más compleja de consecuencias ante las pérdidas por el desalojo forzado. De ahí que esta triple condición podría aplicarse a las familias en situación de desplazamiento en tanto los daños sufridos por ellas no se limitan a la lesión o a la puesta en peligro de sus bienes jurídicos, sino que les generan padecimientos que no encuentran siempre una respuesta social solidaria. En este sentido serían víctimas primarias. Adicionalmente, el Estado demuestra en el plano jurídico una actitud de abandono o indiferencia hacia las familias desplazadas, situación que incrementa su vulnerabilidad y afecta sus dimensiones psicológicas y patrimoniales (nivel secundario) (Landrove cit. en Velásquez, 1999). Cuando las víctimas afrontan en la sociedad, además, un proceso de etiquetamiento o estigmatización, estamos ante un proceso de victimización terciaria² (Dünkel cit. en Velásquez, 1999:31). Siguiendo

¹Para Tony Peters (1990, cit. en Velásquez, 1999:30ss) la victimología se ocupa en general de los problemas de las víctimas fijando su perspectiva en “el conjunto de las implicaciones comparables de acontecimientos tan diversos como, catástrofes de tráfico (accidentes aéreos, terrestres, etc.) y de las diferentes formas de delincuencia como la violencia estructural (terrorismo y guerra) y la violencia entre ciudadanos individuales”.

² Dunkel, Freider. *Fundamentos victimológicos generales de la relación entre víctima y autor en el derecho penal. Victimología. San Sebastián, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1990. p.170. Citado por Velásquez A., Fernando. Op. Cit., p. 31.*

esta lógica, las familias colombianas desplazadas de manera forzada son triplemente víctimas.

Sin embargo, la conceptualización de las familias desplazadas como víctimas conlleva efectos indeseables. Por una parte, al ser identificadas y al visualizarse a si mismos como víctimas, las personas y grupos aparecen como sujetos indefensos e incapaces, es decir, se convierten en objetos pasivos de atención e intervención. Pierden ante los ojos de la sociedad y frente a ellos mismos su estatus de actores, es decir, dejan de ser percibidos como agentes de su propia recuperación. Este enfoque fija, además, la atención en un solo aspecto: el impacto de un fenómeno traumatizante en los individuos y las familias. Si bien las consecuencias del desplazamiento en los planos psicológico, social, cultural y político son innegables, para desarrollar una estrategia de intervención resulta imprescindible tomar en cuenta la reacción de los sujetos al evento estresor (el desplazamiento forzado).

Desafortunadamente, el afrontamiento activo que desarrollan las familias frente al desplazamiento no ha llamado aún la suficiente atención de los estudiosos. Sólo recientemente y limitado al grupo de mujeres maltratadas se ha propuesto cambiar la consideración de víctima por la de sobreviviente (Bustos y Larrauri, 1991; Velásquez, 1999) dado que, como señala Cobb (1997:19): “La identidad de víctima como construcción social posee una considerable fuerza centrífuga precisamente porque es una construcción social”. La (auto)construcción como “víctima” no permite necesariamente una recuperación de los efectos de la violencia. Para recuperar la capacidad de acción de las mujeres golpeadas resulta imprescindible identificar en ellas una acción intencional y construir las de este modo como “sobrevivientes” (Cobb, 1997:21s).

Poner el lente analítico en el aspecto de *la sobrevivencia* ofrece nuevas posibilidades para abordar el desplazamiento forzado tema que “...está lejos de ser plenamente clarificado y explicado, pese a la extensa producción académica y a sus innegables aportes; es vasto, complejo, con muchas aristas y en pleno desenvolvimiento” (Uribe et al, 2003:31).

El sistema familiar frente a los eventos estresantes

Mejía (1990:52) afirmó que: “La familia es el sistema donde vibran más las emociones, los sistemas de creencias, las tradiciones, las fortalezas y vulnerabilidades, los elementos de apoyo y, con frecuencia, la fuente de estrés y de presiones que nos empujan al éxito o al fracaso”. Como sistema vivo e intensamente dinámico, la familia se encuentra sometida permanentemente a innumerables sucesos y eventos. El desplazamiento forzado es uno de ellos.

El desplazamiento representa un estresor de primer nivel por su carácter inesperado (no-normativo), externo, ambiguo, involuntario y crónico. Lo anterior apunta a la dificultad de afrontarlo y a la importancia de los recursos internos a disposición del individuo, la familia y la comunidad circunvecina para lograrlo.

Las teorías del estrés familiar giran alrededor de dos ejes básicos: la vulnerabilidad³ a la crisis y el poder de recuperación de la crisis; y se concretan en modelos como el de la resiliencia que intentan responder a la pregunta del por qué algunas familias logran afrontar transiciones traumáticas, catástrofes u otros eventos inesperados mientras que otras en similares condiciones se rinden ante las dificultades. Para responder a esta interrogante los modelos parten de cuatro supuestos: (a) La familia es un sistema vivo y en tal calidad enfrenta dificultades y cambios de manera natural y predecible. (b) La familia desarrolla fortalezas y capacidades básicas para promover su crecimiento y para protegerse de los momentos de transición y cambio. (c) La familia desarrolla fortalezas y capacidades específicas para protegerse de estresores inesperados y para promover la adaptación después de una crisis. (d) La familia se beneficia al contribuir a la red de relaciones y recursos de la comunidad a la que pertenece, sobre todo en los momentos de estrés y crisis (Hernández, s/f: 6).

³La vulnerabilidad se entiende como uno de los “factores internos de riesgo, de un sujeto o sistema expuesto a una amenaza, que corresponde a su disposición intrínseca de ser dañado” (Lavell, cit. en Moreno Jaramillo (1999: 100).

En la presente investigación sobre el desplazamiento forzado en Colombia partimos del enfoque de la resiliencia ya que otorga gran importancia a las competencias y fortalezas de la familia en vez de a sus estructuras y acciones patológicas. Por consiguiente el enfoque de la resiliencia no visualiza a la familia como una entidad perjudicada sino como una colectividad desafiada.

El concepto de resiliencia se originó en la metalurgia donde designa la capacidad de los metales para resistir a golpes y para recuperar su estructura externa. En el campo médico dicho concepto fue utilizado para expresar la capacidad de los huesos para crecer adecuadamente después de una fractura; y en la psicología refiere a la capacidad del ser humano para recuperarse de la adversidad. Según Gardiner (cit. en Badilla, 1997:1), la resiliencia surge de la interacción creativa entre los recursos personales y los recursos sociales.

El concepto de resiliencia familiar ofrece una postura flexible cuando se abarcan múltiples variables que tematizan tanto las similitudes como las diferencias, las continuidades y los cambios al igual que la vulnerabilidad y la capacidad regeneradora (Walsh, 1998^a: 20s). En otras palabras, la resiliencia alude a la actitud adoptada por un colectivo para minimizar el impacto disociativo de una situación estresante modificando las exigencias y desarrollando recursos para hacerle frente. Ello requiere el uso tanto de recursos intrafamiliares como ambientales (Walsh, 1998a:20s).

La capacidad de la familia para reorganizarse después de una adversidad con mayor fuerza y mayores recursos constituye un proceso activo de fortalecimiento y crecimiento que no logra ser captado a través de términos como sobrevivir, superar o escapar. La resiliencia apunta más bien a la habilidad para sanarse de heridas dolorosas, hacerse cargo de la vida, seguir el camino emprendido con coraje e infundirlo en los demás.

Para Walsh (1998a:6 y 24), la resiliencia se nutre de tres fuentes básicas: (a) del sistema de creencias compartido por los integrantes de la familia con el cual un evento adverso o la vida en general pueden adquirir un significado positivo; este sistema de creencias otorga,

además, un sentido de trascendencia y espiritualidad; (b) los patrones de organización familiar en cuanto a los niveles de flexibilidad y cohesión internas y externas que permiten la movilización de recursos propios y externos (pertenecientes a otras familias e instituciones); (c) los procesos de comunicación en cuanto a su claridad, su apertura a la expresión emocional y la disponibilidad de colaborar en la solución de problemas.

La resiliencia se forja a través de la adversidad y no a pesar de ella, es decir, cuando los actores la afrontan. La capacidad inherente a la resiliencia de recobrase de los peores golpes no reside en “pasar la crisis” como si ésta no afectara, o de librarse de una experiencia penosa y de los sentimientos dolorosos asociados. Por el contrario, la resiliencia implica la integración de la experiencia entera en la trama de vida individual y familiar en relación con la identidad propia y colectiva (Walsh, 1998^a:22).

El enfoque de resiliencia describe la existencia de verdaderos escudos que impiden que las fuerzas adversas actúen de manera lineal, que atenúan de esta forma sus efectos negativos y los transforman en ocasiones en elementos de superación de la situación estresante. En otras palabras, la resiliencia alude a *factores protectores* (Munist, 1998: 10ss).

La visión proporcionada por los modelos que giran en torno a los conceptos de vulnerabilidad a la crisis, el poder de recuperación de la familia y la resiliencia posibilitan nuevas miradas a la encrucijada en que se encuentran las familias desplazadas por la guerra en Colombia. Las colectividades familiares aparecen como entidades que reconstruyen su realidad dentro de un entorno social determinado que reviste un papel fundamental y relevante. La reconstrucción expresa una resiliencia social basada en los derechos ciudadanos de las familias desplazadas.

El enfoque de la resiliencia en el estudio del desplazamiento forzado en el oriente antioqueño

En el año 2001 se emprendió un estudio cualitativo sobre las estrategias familiares de sobrevivencia en la parte oriental de Antioquia. Insertado en una perspectiva sistémica, se trataba de analizar el desplazamiento desde las reacciones que las familias mostraron frente a dicho evento. A diferencia de una amplia gama de estudios que centran su interés analítico en las consecuencias del desplazamiento, se pretendía hacer visible las diversas formas de afrontamiento que adoptaron las familias. Estas estrategias de acción no reciben aún la suficiente atención por lo que tampoco son valoradas como potencial social.

Convertido en base de intervención social, el enfoque de la resiliencia permite trascender la visión tradicional de las familias afectadas como víctimas – una posición que tanto la sociedad como las mismas familias desplazadas se (auto)atribuyen – e identificarlas como protagonistas activas que cuentan con una fuerza transformadora de alto valor social.

La investigación se basó en una muestra integrada por 63 familias desplazadas que se encontraban en distintas etapas del proceso de desplazamiento (pre-desplazamiento físico llamado también preludio; desplazamiento físico y ubicación provisional en los sitios de asentamiento; reubicación y retorno). De cada una de las tres zonas en que se divide el oriente de Antioquia (Marinilla en la zona del altiplano; El Peñol en la zona de embalses y San Luis en la zona del Páramo) se seleccionó un municipio expulsor y otro receptor.

El estudio se interesó en particular por las potencialidades de las familias. Sus capacidades se componen de *recursos* y *conductas proactivas*. Ambos confluyen en el diseño de las *estrategias de afrontamiento* frente al desplazamiento forzado. Un *recurso* se refiere a una característica, un rasgo, una competencia o un valor con el que cuenta un individuo, un grupo (la familia) o una comunidad dentro de su contexto inmediato.

Patterson (cit. por Hernández, 1997:95) distingue tres tipos de *recursos*: *personales*, *familiares* y *comunitarios*. Los recursos *personales* hacen alusión a las competencias individuales (por ejemplo, los conocimientos y habilidades adquiridos) que facilitan la consecución de ingresos y la realización de las tareas; así como a los rasgos de personalidad al igual que a la salud física y emocional. En cambio, los recursos *familiares*

se detectan únicamente en el funcionamiento de la familia y refieren a la *cohesión* (entendida como el vínculo de unión, la confianza, el apoyo, la integración y el respeto a la individualidad), la *adaptabilidad* (la capacidad de la familia para afrontar y superar los obstáculos en su camino) y la *habilidad comunicativa* tanto en el plano instrumental como afectivo ya que la calidad de la comunicación incide en el manejo del estrés, permite coordinar los esfuerzos individuales para afrontar las demandas y reduce la ambigüedad de los retos. Curran, Prats y McCubbin (cit. en Hernández, 1997:55) han sugerido, además, las tradiciones familiares, las creencias religiosas y el compromiso para mantener relaciones regulares.

Finalmente, por *recursos de la comunidad* se entienden las personas, grupos e instituciones externas a la familia con quienes el colectivo familiar se encuentra entrelazado y de quienes puede obtener ayuda. Entre estos recursos destaca sobre todo el *apoyo social* que puede adoptar la forma de *apoyo emocional* (denota preocupación y cuidado a través de una adecuada comunicación), *apoyo informativo* (por ejemplo, sugerencias, orientación oportuna acerca de un problema y sus soluciones) y/o *apoyo instrumental* (ayuda efectiva a través de la donación de dinero, especies, alojamiento, tiempo y trabajo) (Hernández, 1997:56). Nuestra investigación identificó estos tres tipos de recursos que constituyen elementos fundamentales que influyeron en las estrategias de afrontamiento hacia el desplazamiento forzado.

Los recursos individuales de las familias en situación de desplazamiento

En nuestro estudio tomamos en cuenta solamente los conocimientos y habilidades adquiridas por medio de la educación formal, no formal e informal y las experiencias de los miembros de las familias desplazadas que habían acumulado dentro de su cotidianidad campesina. Destacó, por un lado, el bajo nivel educativo de la mayoría de las familias campesinas y, por el otro, el nivel educativo medio de una minoría. Estos conocimientos adquiridos por vía formal se complementaron con las habilidades ocupacionales desarrolladas en el medio rural. Se trató en términos generales de un nivel de conocimiento bajo para hacer frente a un futuro incierto marcado por una huida abrupta y violenta que les

permitió llevar tan sólo poca ropa y pocos enseres. El conjunto de recursos individuales resultó tan limitado que más que un factor de protección representaba un riesgo frente a la crisis.

Los recursos familiares en el desplazamiento forzado

Como recursos familiares consideramos la cohesión, la economía y la adaptabilidad familiar frente al desplazamiento forzado. Para evaluar la cohesión familiar aplicamos el APGAR. El nombre de este instrumento diagnóstico se compone de los iniciales en inglés de las funciones que pretende evaluar: Adaptation (adaptación), Partnership (asociación), Growth (crecimiento), Affection (afecto) y Resolution (solución). En otras palabras, esta herramienta metodológica mide el apoyo, la integración, el afecto, la capacidad de compartir tiempo espacio y dinero, la valoración de las decisiones entre los miembros de la familia, y la comunicación intrafamiliar a través de la verbalización de las experiencias ligadas al desplazamiento. Este último componente resultó, además, de gran importancia para desarrollar una estrategia de manejo del estrés y para la articulación de los sentimientos como una forma inicial y elemental que ayudó después a elaborar el duelo sobre todo en aquellas familias que sufrieron de la muerte de algunos de sus integrantes a raíz de la guerra.

La adaptabilidad de las familias, es decir, su capacidad para llevar a cabo ajustes y/o cambios fue evaluada a través de las estrategias desarrolladas para hacer frente al desplazamiento (número y variedad de estrategias a lo largo de las diversas etapas del desplazamiento y número de familiares involucrados en cada una). No medimos solamente la flexibilidad y la capacidad del colectivo familiar para afrontar estresores severos como el desplazamiento, sino también su potencial para actuar a través del tiempo y garantizar su sobrevivencia.

Las familias analizadas identificaron a la lucha armada – acontecimiento responsable del desplazamiento forzado – como un conflicto externo a ellas que, sin embargo, las unió internamente, las integró y las cohesionó. Más del 85% de las familias presentaron niveles medios y altos de integración y cohesión familiar, o bien, mostraron

fuertes tendencia hacia la integración. Además, se caracterizaron por dar y recibir apoyo. Dado que todos se encontraban en la misma situación, se observó un manejo conjunto del estrés a través de diferentes medios: por medio del apoyo otorgado; mediante la posibilidad de hablar sobre el tema en la familia; así como por el hecho de compartir el espacio, el tiempo, el dinero e incluso, emociones como el miedo de poder mantenerse con vida. Sin embargo, la muerte de un integrante de la familia, a raíz de la guerra resultó un tema difícil de tocar.

Las reacciones de una familia ante un evento estresor no son improvisadas; por el contrario, dan cuenta de una serie de recursos – por ejemplo, afecto, apoyo, comunicación y solidaridad entre sus miembros– que tiene a su disposición. Sin embargo, a pesar de identificarse como grupo y compartir experiencias solidarias los eventos severos cargados de mucha tensión pueden generar al interior efectos contrarios sobre todo cuando estos colectivos familiares ya presentaron conflictos internos propios. Esto fue el caso de 12% de las familias que observaron bajos niveles de cohesión. La mitad de ellas encaró dificultades de pareja que se relacionaron únicamente en un caso con el desplazamiento. La otra mitad de estas colectividades familiares se encontró en un ciclo doméstico avanzado: los hijos estaban en proceso de independizarse del núcleo familiar. Se trata de una fase cuando el nivel de aglutinación familiar baja normalmente para permitir la salida de los vástagos⁴.

La mayoría de las familias enfrentó el desplazamiento en condiciones de pobreza material. El conflicto armado y el desplazamiento despotenciaron su capacidad económica y les provocaron grandes pérdidas materiales. No obstante, gracias a la fortaleza de los recursos familiares – una especie de capital intangible –, lograron la supervivencia. Estos recursos familiares representaron un escudo protector más fuerte que sus recursos individuales que resultaron ser, más bien, un factor de riesgo,

Los recursos comunitarios en el proceso de desplazamiento forzado

⁴Dado que la salida de los hijos del hogar es una etapa del desarrollo familiar normal, los cambios que se presentan son predecibles y tienen, por lo tanto, un carácter normativo. Empero, lo anterior no exime a la familia de algún nivel de tensión

El desplazamiento forzado significó el traslado de las familias de una comunidad expulsora (la comunidad de origen) a una receptora: la cabecera municipal. Este traslado afectó los recursos comunitarios a los cuales las familias desplazadas podían acceder. Desafortunadamente, los recursos institucionales tanto públicos como privados que constituyen un punto de partida de gran importancia para lograr el retorno a la comunidad de origen, o bien, la reubicación voluntaria en otro lugar – situación que terminaría con la condición de las familias como desplazadas⁵– constituyen una realidad vacía. En Colombia no existe actualmente la voluntad política necesaria para transformar la asistencia social de emergencia en una política de intervención social que busque reparar el daño psicológico, moral y económico⁶ y que ayudaría a las familias campesinas no sólo a reconstruir sus proyectos de vida sino de mejorar al mismo tiempo sus condiciones materiales de vida.

Estrategias de afrontamiento: en búsqueda de la reconstrucción

Como mencionamos más arriba, las estrategias de sobrevivencia que fueron desarrolladas por las familias durante el proceso de desplazamiento, constituyeron el eje central de nuestro estudio. Se trata de *estrategias de afrontamiento* que se integran por aquellas conductas que constituyen respuestas generalizadas de las personas o familias ante las demandas de un acontecimiento crítico. Articulan, por lo tanto, un esfuerzo específico a veces abierto, a veces encubierto, para reducir el impacto de una demanda o exigencia en la vida de los afectados (Hernández, 1997: 57).

El afrontamiento familiar es el resultado de la(s) respuesta(s) coordinada(s) y de los esfuerzos integrados de los miembros de una familia para solucionar un problema conjunto. Los retos colectivos ligados al desplazamiento se refieren, por ejemplo, a la protección ante

⁵ El artículo 18 de la Ley 387 señala que la condición de desplazado forzado por la violencia cesa cuando se logra la consolidación y estabilización económica de los desplazados, bien sea en su lugar de origen o en las zonas de reasentamiento.

⁶ La investigación realizada por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia plantea como parte de sus conclusiones, ante las pérdidas de los desplazados, la exigencia de una reposición material, la estabilización socioeconómica de la que habla la Ley 387, el reconocimiento social y la reparación moral para esta población. Véase Uribe et al (2001: 68s).

el peligro en que vivían, los albergues en los sitios de llegada, el empleo y las fuentes de ingreso en la comunidad receptora. Las estrategias de afrontamiento tienen que ver con la forma de como las familias encaran las dificultades mediante los recursos personales, familiares y comunitarios y con el significado que asignan a los eventos estresores. En su mayor parte se trata de construcciones de significado compartidas y contrastadas por el/los grupo(s) de convivencia (Hernández, 1997:59).

McCubbin, Larsen y Olson (cit. por Hernández, 1997) distinguen entre dos tipos de afrontamiento: (a) el interno relacionado con el reconocimiento y la aplicación de los recursos existentes en la propia familia; (b) el externo orientado a obtener medios a través de fuentes externas a la familia.

Las *estrategias internas* se conforman por dos tipos de conducta: la “reestructuración” y la “pasividad”. El concepto de *reestructuración* alude a la habilidad para redefinir con base en la autoconfianza como grupo y la propia *resiliencia* las experiencias estresantes de manera que sean más aceptables y manejables. En estos casos las familias definen el evento estresor como un reto que creen poder superar. Por su parte, también la *pasividad* es una respuesta aunque no activa ni eficiente en cuanto a la solución de los problemas. Aquí el colectivo familiar minimiza la responsabilidad propia en la producción del evento estresor y también su propia iniciativa para afrontar las dificultades. Las familias definen el acontecimiento estresor como una situación que se resolverá por sí sola con el paso del tiempo. A través de la pasividad pretenden evitar los problemas. La actitud pasiva puede reflejar, asimismo, una actitud pesimista frente a los retos a vencer. Sin embargo, al igual que la reestructuración, la pasividad constituye una respuesta orientada a proteger a la familia sobre todo cuando los actores consideran que no cuentan con suficientes recursos para afrontar exitosamente la situación problemática (Hernández, 1997:79s).

Las *estrategias externas* son de tres tipos: (a) la búsqueda de apoyo social, es decir, la construcción de lazos sociales compensatorios con la familia extensa, amigos y/o vecinos (Musito, s/f:16); (b) la búsqueda de apoyo espiritual a través de actividades y rituales

fundamentalmente religiosos; y (c) la búsqueda de apoyo institucional y/o profesional para obtener ayuda (Hernández, 1997:80).

Cuando una persona o una familia se encuentran expuestas a un estresor o una tensión que no logran comprender sea por desconocer su origen, sea por no saber cómo afrontarla, tienden a buscar ayuda para la interpretación y significación del acontecimiento (Hernández, 1997:60). En efecto, algunas familias desplazadas expresaron su desconcierto por desconocer las causas del desplazamiento; ni siquiera lograron construir explicaciones subjetivas acerca del acontecimiento sufrido, mientras que otras tenían sus propias explicaciones más cercanas a las condiciones objetivas del conflicto en su zona de origen.

Las familias que sobrevivieron un desplazamiento forzado hicieron uso de todos los recursos a su alcance –propios y externos– para afrontar el desafío planteado por las estrategias de guerra de los actores armados. El 73% efectuó ajustes y/o cambios en la composición familiar, aprovechó su cohesión interna y se apoyó en sus propias creencias para desarrollar conductas proactivas con el fin de restablecer su base económica. Se trata de estrategias que aprovecharon el potencial de afrontamiento dado al interior del núcleo doméstico. Además, el 94% intentó conseguir apoyo social mediante la formación de agrupaciones de las familias afectadas por el desplazamiento y estableciendo lazos con instituciones.

Estas estrategias surgieron sobre el repertorio de los recursos y debilidades existentes en las familias. El balance global permitió la sobrevivencia de las familias, aunque en condiciones muy difíciles, desventajosas y precarias, ya que el Estado ofrece oportunidades económicas y educativas muy limitadas, y carece de programas a corto y mediano plazo para facilitar a las personas y grupos afectados, la reconstrucción de sus proyectos de vida

A través de las interacciones en las familias y con los actores en su alrededor se produjeron sinergias que facilitaron la supervivencia en medio de la adversidad. Es así como se perfiló la *resiliencia de las familias desplazadas*, es decir, su capacidad para

desafiar los efectos del conflicto armado y sobrevivir en una situación sociopolítica que pone en riesgo su vida física, emocional y social. Las familias sobrevivientes mostraron tener los tres factores que las hacen resilientes: los patrones organizativos alrededor de la cohesión y la flexibilidad, sus creencias religiosas y los procesos comunicativos. Destacó asimismo el papel activo de las mujeres quienes buscaron nuevos caminos y los infundieron en los demás miembros de su familia.

Finalmente, el número de estrategias empleadas por familia, su grado de permanencia a lo largo del proceso de desplazamiento y el nivel de participación de los miembros familiares permitieron identificar la *capacidad de adaptación* de las familias. La evaluación de estas categorías por los investigadores sugirió la urgente necesidad de establecer programas de recuperación que incluyan tanto los aspectos psicológicos como los sociales y económicos, ya que la atención humanitaria a los grupos desplazados resulta limitada, pasiva e insuficiente. El trabajo de intervención partió, asimismo, de la concepción de las familias desplazadas como protagonistas de su propio restablecimiento y como sujetos de su reconstrucción

Una experiencia de intervención psicosocial para abordar el desplazamiento forzado

El Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia elaboró una propuesta de intervención psicosocial, que partió de la idea de que las familias desplazadas sufrieron pérdidas humanas y materiales, cuyas consecuencias rebasaron los recursos propios para recuperarse por sí mismas. Por ende, el restablecimiento fue conceptualizado como “un trabajo en alianza entre ellas y las instituciones del sector público y privado” (INER et al. 2002:5; Rodríguez, 2003). El programa piloto se llevó a cabo en el municipio de El Peñol.

El Peñol se ubica en la parte oriental del departamento de Antioquia a una altura de 2,000 metros sobre el nivel del mar y a 67 kilómetros de Medellín. Dicho municipio se extiende sobre un área de 143 kilómetros cuadrados y tiene una temperatura promedio de 18 grados centígrados. Las actividades económicas más importantes son la agricultura —es

el principal productor de tomate — y el turismo que es atraído por un monolito gigante (“Piedra del Peñol”) que se alza al pie de una represa.

Desde los años ochenta el oriente antioqueño ha sido una zona de influencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia⁷ (FARC) (Palacios, 1995), pero durante los últimos tres años esta región y sus riquezas hidroeléctricas se han convertido en un objeto de disputa por las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)⁸, situación que ha intensificado el conflicto bélico en la zona.

Los desplazamientos en el municipio de El Peñol comenzaron a presentarse en agosto del 2000 ante la amenaza de una masacre que, de hecho, se llevó a cabo el 5 de enero de 2001. Inicialmente los desplazamientos forzados se dieron de forma esporádica, sin embargo, en el transcurso del tiempo se intensificó el éxodo de las familias sobre todo en las veredas La Meseta, Chiquinquirá y el Chilco.

Por iniciativa del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia y la Fundación para el Bienestar Humano (FBH), se formalizó, en el año 2003, una alianza entre diversas entidades y organizaciones del sector público, la sociedad civil tanto del municipio de El Peñol como de la ciudad de Medellín y las familias desplazadas bajo un objetivo común⁹: “...reconstruir los proyectos de vida individual, familiar y social de las familias desplazadas en el Oriente antioqueño, que se asentaron en la cabecera del

⁷ *El actual conflicto armado colombiano se origina en la década de los años sesenta a partir de la conformación de grupos revolucionarios insurgentes, entre ellos las FARC. Esta agrupación guerrillera se expandió en todo el territorio colombiano y disputa el poder al Estado y a las élites de la sociedad (Romero Silva, 1999:173s).*

⁸ *Para 1990 habían surgido grupos paramilitares en Colombia con el fin de contrarrestar la guerrilla. Entre estas agrupaciones paramilitares se encuentra ‘Muerte A Secuestradores’ (MAS) que fue fundado en 1981 en el Magdalena Medio antioqueño y que llegó luego a Urabá. Otros grupos son ‘Muerte A Revolucionarios de Urabá’ (MRU) y ‘Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio’ y ‘Autodefensas de Córdoba y Urabá’ (ACCU). Posteriormente varios de estos grupos se unieron y conformaron las ‘Autodefensas Unidas de Colombia’ (AUC) (Henaó Delgado et al, 1998: 44 y 49).*

⁹ *Las siguientes entidades del sector público y las organizaciones y agrupaciones de la sociedad civil se vincularon al proyecto: Personería Municipal de El Peñol; Granja Modelo León XIII adscrita a la Dirección de Desarrollo Comunitario del municipio de El Peñol; el Instituto de Estudios Regionales (INER); la Fundación para el Bienestar Humano (FBH); el Comitato Internazionale per lo Sviluppo dei Popoli (Comité Internacional para el Desarrollo de los Pueblos —CISP—) y las familias desplazadas de El Peñol.*

municipio del Peñol” (Rodríguez, 2003:15). Para lograr esto las instituciones y grupos participantes debían capacitarse en el proceso de gestión.¹⁰

El modelo de intervención psicosocial

La atención tradicional que se brinda a las víctimas de desastres consiste en ofrecerles techo, comida y atención a la salud física. Últimamente se otorga, además, una cierta importancia a los aspectos emocionales ya que la situación emocional puede afectar la capacidad de las personas para desenvolverse adecuadamente en otros campos de su vida. Las familias desplazadas tienen necesidades psicosociales específicas que se derivan del trauma sufrido por el desplazamiento.

El modelo de intervención psicosocial sintetiza dos componentes: el primero se refiere a las implicaciones psicosociales del desplazamiento forzado para los individuos y las familias; el segundo consistió en la adaptación del modelo del Kensington Consultation Centre for Marie Stopes International (MSI) al caso colombiano. Dicho modelo se deriva del trabajo con los refugiados de guerra en Bosnia Herzegovina¹¹ y busca crear un espacio vivencial en donde las familias logren identificar y reconocer las pérdidas humanas, materiales y los efectos emocionales de las mismas. Sobre esta base podrán elaborar el duelo correspondiente y construir un nuevo proyecto de vida social.

El MSI parte de la idea de que la flexibilidad es una condición para que las familias puedan expresarse y encontrar una salida que surja de ellas mismas haciendo uso de su capacidad resiliente que existe aún en condiciones de marginalidad. La adaptación de este modelo al caso colombiano se hizo con base en cinco ejes: (1) identificación y validación de los sentimientos generados por las pérdidas; (2) elaboración del duelo; (3) reconocimiento de fortalezas para afrontar las crisis (resiliencia); (4) empoderamiento de las familias con sus propias fortalezas; y (5) elaboración de nuevos proyectos de vida. Cada

¹⁰ Un representante de cada institución social asistió a un curso sobre "Metodología para el trabajo en alianzas" a cargo del INER de la Universidad de Antioquia y apoyado por el Programa Nacional de Alianzas. El curso se llevó a cabo en Medellín de julio a septiembre de 2003.

¹¹ Los planteamientos teóricos de este modelo psicosocial se encuentran sintetizados en López y Agudelo (2000).

eje representó una meta con objetivos que fueron traducidos en actividades grupales dentro de un taller intensivo de 7 horas de duración. En la práctica concreta se llevaron a cabo cuatro talleres incluida la evaluación y el cierre mediante una ceremonia especial. En estos cursos participaron 46 familias.

Los talleres de recuperación psicosocial formaban parte un programa de capacitación más amplio que incluía proyectos productivos y de seguridad alimentaria y que estaba a cargo de la Personería Municipal y la Alcaldía. La idea era de que una vez lograda la rehabilitación psicológica, los participantes adultos emprenderían también su recuperación económica vinculándose a uno de tres proyectos ofertados: capacitación por alimentos (se trataba de un curso sobre los derechos de los/las desplazadas; al asistir, las familias lograron un subsidio alimentario), proyecto de granja y un proyecto de reforestación. Los adolescentes y los niños de estas familias participaban paralelamente en talleres que persiguieron los mismos objetivos pero tomando en cuenta su edad.

Cada familia desplazada enviaba un representante a los talleres de adultos. Se buscaba la continuidad de la misma persona ya que debía multiplicar lo aprendido en su familia. Para garantizar una participación activa, se dividió a la población en dos grupos: el grupo A se integró por veintiséis mujeres; el grupo B se conformó por veinte personas (cuatro hombres y dieciséis mujeres). Todos los participantes asistieron sin falta alguna.

A través de los ejes mencionados se construyó el espacio vivencial que facilitó a las familias la identificación y el reconocimiento de las pérdidas humanas y materiales sufridas y de sus efectos emocionales y creó así una base psicológica y social que les permitió elaborar el duelo, reconocer sus fortalezas y construir un nuevo proyecto de vida social.

Eje uno: identificación y validación de los sentimientos generados por las pérdidas

El desplazamiento forzado generó para las familias pérdidas abruptas y significativas que se tradujeron en sentimientos de dolor, enojo, tristeza, desesperanza, vacío y desamparo. Para

que los afectados lograran identificar las pérdidas y validar los sentimientos que experimentaron, se hizo necesario reconstruir en el plano simbólico el hábitat de origen. Se trataba de una precondition para la posterior elaboración del duelo

Este objetivo se buscó alcanzar mediante un trabajo individual y grupal denominado "*Reconstruyendo nuestra comunidad*". Su propósito era ayudar a las familias a definir el contexto social en el que se habían hallado antes del desplazamiento, reconocer lo que habían tenido y adónde habían pertenecido e identificar su forma de vida y sus relaciones con la comunidad. De esta forma ambos grupos lograron la reconstrucción simbólica de sus respectivas comunidades lo que dio inicio a los relatos de la historia particular del desplazamiento forzado. En la mayoría de los casos las familias consideraron haber podido satisfacer sus necesidades básicas en su comunidad de origen.

Al finalizar el primer taller los participantes consideraron haber encontrado una oportunidad para hablar abiertamente y sin temores de su desplazamiento. Para algunos se había abierto por primera vez un espacio donde podían llorar y desahogarse de lo sucedido. Los participantes crearon así un espacio de confianza que les ayudó a externalizar historias difíciles y duras de contar. A través de otras actividades se pretendía reforzar la reconstrucción del tejido social perdido por el desplazamiento (Rodríguez, 2003:38ss).

Eje dos: elaboración del duelo

La elaboración del duelo se indujo mediante preguntas reflexivas. Se trata de "...preguntas hechas con la intención de facilitar la autocuración en un individuo o familia, mediante la activación de la reflexividad entre significados dentro de sistemas pre-existentes de creencias que permite a los miembros de la familia generar o generalizar por sí mismos patrones constructivos de cognición y conducta" (Bevenbach y Rodríguez cit. en López y Agudelo, 2000:121). Las preguntas reflexivas generan un cambio inesperado de contexto,¹² ya que buscan lograr que se manifieste lo que ha sido enmascarado o perdido. Con frecuencia los miembros de una familia ven los eventos desde una sola perspectiva;

¹² Otro tipo de preguntas reflexivas son las que tienen que ver con el futuro y las que colocan al sujeto en la perspectiva del observador (López y Agudelo, 2000:121).

situación que limita sus opciones de conducta. Sin embargo, es posible que obtengan un punto de vista recíproco que les permite abrirse a nuevas posibilidades. En el caso de las familias desplazadas, las preguntas se centraron en la pérdida de seres queridos y de bienes materiales.

A través este segundo taller se pretendía: (a) consolidar la reconstrucción del sentido de comunidad entre los miembros del grupo; (b) posibilitar la identificación y la validación de los sentimientos experimentados por las pérdidas humanas y materiales; y (c) crear las condiciones para la elaboración del duelo.

Para tal efecto se impartió un taller denominado "*Reencuentro con el pasado*". Debía ser un espacio que ayudara a los participantes a identificar y manifestar el dolor sufrido y despejar así las perspectivas para un futuro diferente. Se trataba de impulsar a los participantes a que elaboren nuevas historias, es decir, re-relatos, que les facilitarían el desarrollo de nuevos sentimientos validando los que habían experimentado y vivenciado al sufrir las pérdidas. Al leer estas historias en el grupo, el trabajo de cada uno se socializa. Es en este momento cuando las personas manifiestan sus sentimientos de dolor más profundos. Se generan así las condiciones para elaborar el duelo.

La persona es acompañada en este proceso por los participantes. Hay que recordar que cada individuo manifiesta sus sentimientos en diferente grado de intensidad de forma que observamos diferencias entre los grupos en cuanto a la emotividad de las manifestaciones de dolor y tristeza.

La elaboración del duelo finaliza con un ritual: un acto simbólico que facilita la introducción de un cierto orden en el caos en que se hallaron las familias. Es una forma para limitar el peligro de desajustes. A través del ritual aflora intensamente la emotividad lo que evita la persistencia del vacío. Es al mismo tiempo una forma para darle salida y sentido al duelo de cada familia y para otorgarle un reconocimiento social aunque sea mínimo. El ritual permite dar el salto del pasado al presente y liberar el futuro de las trabas del duelo.

Eje tres: reconocimiento de fortalezas para afrontar las crisis (resiliencia)

La identificación de las condiciones en que se hallaban las familias antes del desplazamiento permite conocer sus fortalezas. Constituye una labor de actualización del pasado que resulta importante para detectar las capacidades que les permitieron afrontar otras crisis (tanto semejantes como diferentes).

Después de haber elaborado el duelo, se espera que las familias desplazadas estén en condiciones para romper con los temores que las mantienen atadas al pasado y para reconocerse en un presente; y que sean capaces de situarse en un espacio nuevo para mirar hacia un futuro con más oportunidades. Para alcanzar este objetivo es imprescindible construir redes internas y externas que les permiten ser escuchadas y legitimadas. Al mismo tiempo los individuos y familias se convierten en artífices de sus propias historias.

Las investigaciones realizadas por el INER han mostrado que —a pesar de las condiciones extremas a las que se encuentran sometidas— las familias desplazadas poseen una elevada capacidad para afrontar la adversidad y la gran mayoría ha logrado mantener su organización familiar mediante cambios que les permitieron construir nuevas tipologías familiares.

Para adaptarse, las familias requieren de flexibilidad. Se trata de una característica de los sistemas familiares que es necesaria para construir nuevos proyectos de vida. Otra condición para lograr la adaptación es la activación de su capacidad resiliente que se hace visible a través de las innumerables estrategias desplegadas para lograr su sobrevivencia. El taller que perseguía estos objetivos se denominaba "*Sobrevivientes*".

Eje cuatro: el empoderamiento de las familias de sus propias fortalezas

Para construir un nuevo proyecto de vida es necesario que las familias desplazadas logren empoderarse de sus propias fortalezas. Adquieren poder cuando descubren que poseen

conocimientos. Asimismo, al colocar el futuro como meta para salir de la marginalidad, generan motivos para establecer una nueva organización individual, familiar y social. La identificación y apropiación de sus propias fortalezas junto con la seguridad que adquieren después del duelo, “les aportan progresivamente las condiciones necesarias para fundamentar la autogestión del proyecto de vida social, bien sea en la ciudad de llegada o en la posibilidad del retorno” (López y Agudelo, 2000:121).

Para propiciar el empoderamiento de sus fortalezas propias como el amor a la vida, la unión de la familias, la entereza, la ganas de seguir adelante, la fe, la esperanza, la solidaridad, la responsabilidad y la creatividad, los talleres debían contar con ciertos elementos que facilitan la puesta en marcha de la capacidad auto-organizadora; la construcción de relaciones internas y externas; la reflexión acerca de los recursos propios y del entorno y el desarrollo de habilidades de gestión.

Eje cinco: elaboración de nuevos proyectos de vida

Para propiciar la construcción de un nuevo proyecto de vida, se hizo uso de preguntas reflexivas orientadas al futuro. Cuando una familia tiene problemas, suele estar muy preocupada por las injusticias del pasado o las dificultades del presente. Vive como si no existiera un mañana. Esta situación empobrece su capacidad para pensar alternativas y elecciones en el futuro. Mediante una serie de preguntas intencionadas, el terapeuta pretende motivar a los miembros de las familias a crear nuevas expectativas frente al futuro. Quienes siguen atados al pasado o al presente, no siempre pueden contestar las preguntas en la sesión, pero las siguen pensando en sus casas.

Las perspectivas futuras inciden sobre la conducta y los compromisos que se asumen en el presente; es así como las preguntas ejercen un efecto reflexivo. Las preguntas orientadas al futuro introducen posibilidades hipotéticas, permiten compartir las propias ideas con las de otros miembros de la familia en un proceso de co-creación y estimulan a los participantes a tomar en cuenta alternativas antes no consideradas. Por ejemplo, al preguntarles que harían si tuviesen un accidente en una isla donde existen pocos recursos,

las familias empezaron a ocuparse de estrategias de sobrevivencia. El grupo se organizó de tal manera que conformaron distintos tipos de familia. Las subsiguientes preguntas las motivaron a buscar recursos internos y externos para construir proyectos de sobrevivencia. Se sobreentiende que se trataba de metáforas de lo que en la vida cotidiana serían las bases para la reconstrucción de sus proyectos individuales y familiares.

A manera de conclusión: el estado actual de las familias

Para conocer el estado actual de las 46 familias que participaron en la experiencia piloto se estableció un contacto personal con funcionarios de la Alcaldía de El Peñol¹³ y con representantes de algunas de las familias¹⁴. A dos años después de la impartición de los talleres psicosociales los participantes seguían reconociendo su impacto positivo, que se reflejó, según las personas entrevistadas, en ciertos cambios que habían introducido en sus vidas. Una mujer de 48 años expresó que:

" El giro que dio nuestras vidas a raíz del desplazamiento forzado nos dejó en una grave desorganización; llegó el vacío, no sabíamos qué hacer. Fue entonces cuando iniciamos el proceso de recuperación en los talleres, sacamos nuestras penas, nuestros miedos, comenzamos una nueva vida/.../ Regresamos a la finca, mi esposo la trabaja, los hijos y yo nos quedamos en el pueblo, acá trabajan y estudian. Yo realizo trabajo comunitario. Aprendimos a botar el miedo."

Otras más relataron:

"La situación para nosotros cambió y aprendimos a deshacernos de esas angustias. La experiencia en los talleres fue un alivio, disminuyeron los temores y pudimos llorar también por los otros/.../ tuvimos conciencia de lo que sucedió y que hay que echar pa'lante. Yo quisiera regresar a la finca de mi suegro, pero mi esposo tiene un negocio (taller de mecánica) y está muy adaptado acá en el pueblo." (Mujer de 31 años de edad)

"Pudimos reconocer que otros habían sufrido igual o más que nosotros. Ahora mi esposo trabaja en la finca y continuamos en el proyecto 'Sembrando Futuro'. Dos de los hijos trabajan y los dos menores estudian." (Mujer de 53 años de edad)

¹³ Entrevista con Luis Alfonso Montes, Secretario de Desarrollo de la Comunidad, 31 de agosto de 2005.

¹⁴ Entrevista colectiva de seguimiento a cinco representantes de algunas de las familias que participaron en la experiencia piloto 'Alianza por una vida nueva para las familias desplazadas por la violencia en el municipio de El Peñol' 6 de septiembre de 2005, municipio de El Peñol

"...con lo que nos pasó, yo me sentía muy deprimida, compartir las penas y las historias nos sacó adelante...antes estaba sin saber qué hacer. Con el desplazamiento, mis hijos estaban muy retraídos; con la experiencia que tuvimos eso cambió." (Mujer de 42 años de edad)

"Entendimos realmente el problema del desplazamiento...la verdad de lo que había pasado. La experiencia nos sirvió mucho porque estábamos en un estado lamentable; mis hijos estaban muy retraídos, al menor todavía le falta hablar más de lo que nos sucedió. Volvimos a la finca pero mi esposo no está en condiciones de trabajarla, tiene una tienda en el pueblo y yo estoy al frente de este negocio (academia de conducción)..." (Mujer de 37 años)

Según las representantes contactadas, el 20% de las familias retornó parcialmente a sus fincas y el 30 % lo hizo en forma definitiva. El otro 50% se estableció en la cabecera municipal de El Peñol.

Las familias que regresaron parcialmente a sus granjas, recuperaron sus propiedades y reiniciaron el cultivo. Un familiar (por lo general, el hombre) permanece en la finca mientras que el resto vive en el pueblo. Estas familias "van y vienen" de acuerdo a sus necesidades e intereses.

Aquellas otras familias que volvieron de forma definitiva a sus propiedades, reactivaron las labores agrícolas con el apoyo de los proyectos de la granja¹⁵ (con duración de un año) y de reforestación ('Sembrando Futuro') que sigue siendo vigente en la actualidad. A pesar de haber recibido ayuda del gobierno para restablecer su vivienda, los auxilios no han sido suficientes.

La otra mitad de las familias se quedó de manera definitiva en la cabecera municipal. Ellas lograron una cierta recuperación socioeconómica abriendo pequeños negocios como graneros, tiendas, cafeterías, talleres de confección, artesanías. Otras cuentan con un empleo que, a pesar de localizarse en el sector informal de la economía, les

¹⁵ *Las familias que se vincularon a este proyecto, en su mayoría han sido las que retornaron parcial o totalmente a sus fincas replicando lo aprendido en el proyecto: construcción de gallineros, cocheras (cerdos) y conejeras ecológicas.; así como siembra de bancos proteicos. Entrevista con Luis Alfonso Montes, Secretario de Desarrollo Comunitario, quien está a cargo de la Granja Modelo León XIII; 31 de agosto de 2005.*

ha posibilitado mejorar sus condiciones de subsistencia en comparación con el momento inmediatamente después del desplazamiento. Por lo general, estas familias carecían de propiedades en sus comunidades de origen donde habían trabajado como mayordomos de fincas que aún no se recuperan.

En síntesis: la experiencia piloto con las familias desplazadas por la violencia en el municipio de El Peñol resultó exitosa. Dada la recuperación psicosocial y las mejores condiciones económicas que lograron las familias participantes, se trata de una experiencia terapéutica replicable. Las familias que se establecieron de forma definitiva en la cabecera municipal lograron vincularse en el plano escolar y laboral con el pueblo. Lo mismo se observa en aquellos casos que decidieron retornar a su sitio de origen. Ambos grupos lograron su reinserción social y construyeron nuevos proyectos de vida.

El retorno fue posible tanto por el mejor estado emocional de las familias y su mejor preparación para retomar el manejo de sus fincas, como por una mayor seguridad en esta zona del oriente antioqueño debido a la instalación de una base militar en el municipio de Guatapé que colinda con El Peñol.

Bibliografía

Badilla A., Helena y A. Sancho (1997). Estudio de antecedentes: Las experiencias de resiliencia como eje para un Trabajo Social alternativo. Tesis de Trabajo Social, Universidad de Costa Rica, San José, 1997.

Bello, Martha Nubia; Elena Martin Cardinal y Fernando Jiovanni Arias (eds.) (2000). Efectos psicosociales y culturales del desplazamiento, Santafé de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Corporación AVRE, Fundación dos Mundos.

Castillejo, Alejandro (2000). Poético de lo otro: Para una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia, Santafé de Bogotá, ICANH.

Cobb, Sara (1997). “*Dolor y paradoja: la fuerza centrífuga de las narraciones de mujeres víctimas en un refugio para mujeres golpeadas*”, en Marcelo Pakman (comp.), Construcciones de la experiencia humana, Volumen II, Barcelona, Gedisa, 1997, pp.17-62.

Dunkel, Freider (1990). Fundamentos victimológicos generales de la relación entre víctima y autor en el derecho penal. Victimología, San Sebastián, Universidad del País Vasco.

Henaó Delgado, Hernán et al. (1998). Desarraigo y futuro. Vida cotidiana de familias desplazadas de Urabá, Medellín y Lito (Brasil), Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia, Cruz Roja Colombiana y Cruz Roja Sueca.

Hernández C., Angela et al. (s/f). Familia y adolescencia: Indicadores de salud. Manual de aplicación de instrumentos, Washington, W.K. Kellogg Foundation, Organización Panamericana de la Salud, Organización Mundial de la Salud, Programa de Salud Integral del Adolescente. Coordinación Familia y Población. División de Promoción y Protección de la Salud.

----- (1997). Familia, ciclo vital y psicoterapia sistémica breve, Santafé de Bogotá, El Búho.

Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia y Fundación para el Bienestar Humano (FBH) (2002). Alianza por una nueva vida para las familias desplazadas por la violencia en el Municipio de El Peñol-Antioquia. Propuesta, Medellín, mayo.

Kalivas, Stathis (2001). “*La violencia en medio de la guerra civil. Esbozo de una teoría*”, Análisis Político, no. 42. Santafé de Bogotá, IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, pp. 4- 16

Landrove Diaz, Gerardo (1990). La víctima y su juez, San Sebastián, Universidad del País Vasco 1990, p.152-187.

López J., Olga Lucía y María Eugenia Agudelo A. (2000). “*Investigación y trabajo psicosocial con familias víctimas de la guerra en Colombia*”, Revista Colombiana de Trabajo Social, Consejo Nacional para la educación en Trabajo Social-CONETS- no.14, pp. 111- 128.

López Jaramillo, Olga Lucía et al (2001). El proceso de desplazamiento forzado: estrategias familiares de sobrevivencia en el Oriente antioqueño, Proyecto de Investigación, Informe

final, Medellín, Universidad de Antioquia, manuscrito no publicado.

Mejía G., Diego et al (1990). Sistema de educación continua: salud familiar, Santafé de Bogotá, Instituto de Seguros Sociales, Ascofame.

Moreno Jaramillo, Gustavo F. (1999). Metodología para el análisis de la vulnerabilidad sociocultural individual. Tesis de maestría, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Departamento de Trabajo Social Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Munist, Mabel et al (1998). Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes, Washington, OPS, OMS, Fundación Kellogg, ASDI.

Musito Ochoa, Gonzalo (s/f). Apoyo social, Barcelona, Universidad de Valencia, Facultad de Psicología, PPU.

Palacios, Marco (1995). Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1975-1994, Santafé de Bogotá, Norma.

Peters, Tony (1990). Criminología y victimología, San Sebastián, Universidad del País Vasco, 1990.

Rodríguez, Angela (2003). Alianza por una nueva vida para las familias desplazadas por la violencia en el municipio de El Peñol (Antioquia). Alianza conformada por Alcaldía de El Peñol, Personería Municipal de El Peñol, Instituto de Estudios Regionales, INER, Universidad de Antioquia, Fundación para el Bienestar Humano, Comitato Internazionale per lo Sviluppo dei Popoli (CISP), Asociación de Familias Desplazadas de El Peñol Fuentes de Progreso, Sistematización, Medellín, octubre.

Romero Silva, Marco Alberto (1999). “*Tendencias del conflicto armado e iniciativas de paz*”, en Museo Nacional de Colombia, Ministerio de Cultura (ed.), Colombia en la negociación de conflictos armados, 1900-1998. Memorias de la III Cátedra Anual de Historia ‘Ernesto Restrepo Tirado’ Bogotá, pp.173-174.

Segura E., Nora y Donny Meertens (1997). “*Desarraigo, género y desplazamiento interno en Colombia*”, Nueva Sociedad, Caracas, no. 148.

Uribe de Hincapié, María Teresa et al. (2001). Desplazamiento forzado en Antioquia. Volumen 0: Aproximaciones teóricas y metodológicas al desplazamiento de población en Colombia, Bogotá, Secretariado Nacional de Pastoral Social, Conferencia Episcopal de Colombia.

Velázquez A., Fernando (1999). La víctima que asume una posición victimizadora hacia su victimario en el delito de secuestro. Trabajo de grado (Psicólogo), Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Departamento de Psicología. Medellín.

Walsh, Froma (1998a). Strengthening Family Resilience, New York, The Guilford Press.

----- (1998b). “*El concepto de resiliencia familiar: crisis y desafío*”, en *Sistemas Familiares*, Buenos Aires, marzo de 1998.